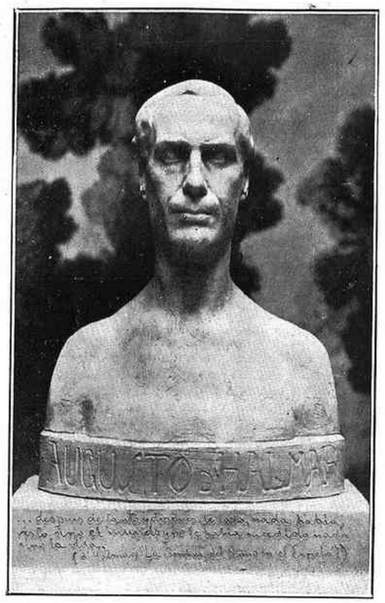
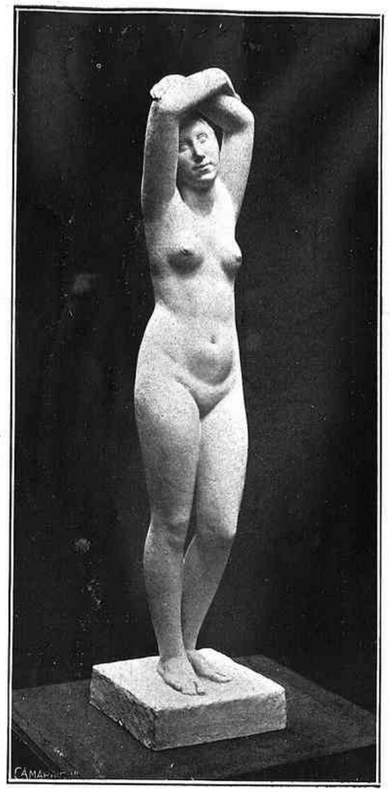
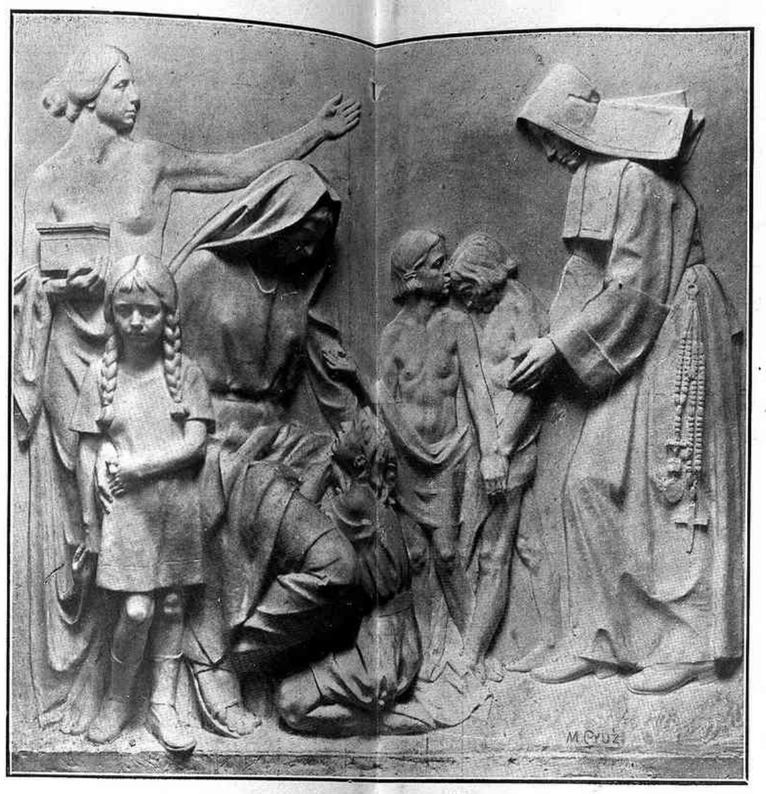
# EL "SALÓN DE OTOÑO"



"Augusto D'Halmar", yeso de S. Chicharro Gamo



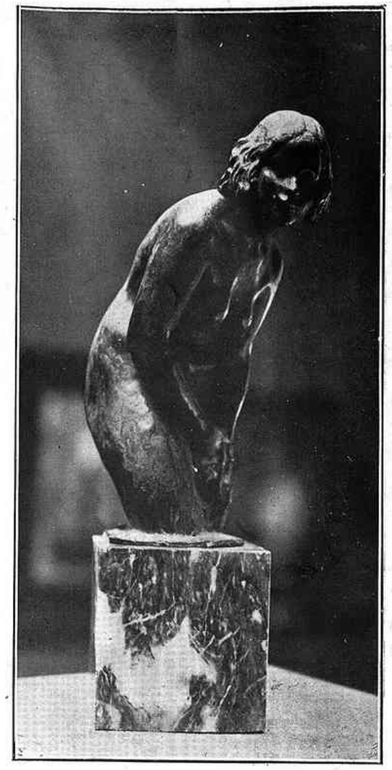
"Despertar", yeso de Lorenzo Cairó



"Caridad", altorrelieve en yeso patinado de Miguel de la Cruz



# LOS ESCULTORES



"Desnudo", boceto en bronce de E. P. Comendador

"El majo", mascarilla en bronce de Carmelo Vicent

Acaso la sección de escultura no se contagia como la de pintura de la fatal estolidez de tantas obras malas ó simplemente anodinas que se han admitido en este funesto *Salón de Otoño*. Ciertamente hay también esculturas á tono con los peores cuadros, y algunas de ellas diríanse escapadas de las dos salas donde los organizadores imaginaron haber recluído las abortadas tentativas de los que nunca serán ni medianos aspirantes á artistas de ínfima categoría.

Pero en general los escultores, por la minoría selecta de sus obras, lo reducido de su número, dan una sensación que se extravía y desvirtúa en las salas de pintura.

Claro es que no todo merece repulsa en la aportación de los pintores. Precisamente ello agrava la responsabilidad estética de quienes se obstinan cada año en llevar al descrédito un grupo—cada año también más reducido—de artistas para entregarles al tristísimo contubernio de las más absurdas mediocridades.

Con las salas de Antonio Esteve y de los jóvenes catalanes *Cultivadores de las Artes*, con los envíos de algunos pintores esparcidos, en mala compañía, por las demás, conservando escasas obras de las secciones de *Grabado y Dibujo* y *Arte Decorativo* (las de Gil Losilla, Mateos, Prieto Nespereira, Teixe, Casero), el *Salón de Otoño* habría sido una Exposición discreta, estimable, donde los aciertos resaltarían y los relativos errores se disimularan.

Para tal fin también habría sido oportuno ejercer rigor en la sección de escultura; pero no tanto como en la de pintura. Mientras en ésta la proporción de engendros y vulgares impotencias es enorme, en la de escultura el tono general es elevado y digno de elogio.

En otro artículo hemos comentado la aportación de Julio Vicent que, además de la *Fuente*, premiada en el Concurso Nacional de 1922-23, presenta dos figuras de pequeñas dimensiones, concebido y resuelto todo ello con una noble elegancia decorativista sin perder la condición realista de su arte.

Es curioso observar cómo los escultores españoles se van dando cuenta al fin de que sus obras han de responder á exigencias y costumbres de la época; cómo procuran adaptarse á una lógica intervención estética en la vida moderna. Sin olvidar el monumento público, la colaboración plástica con las recordaciones ciudadanas y el embellecimiento de los paseos y jardines, el escultor actual atiende al retrato y á la estatuilla que pueda luchar para ventaja del arte con el bibelot costoso.

En el *Salón de Otoño* no hay grandes esculturas. Por el contrario, hallamos gratas muestras de diversos temperamentos y de diferentes técnicas ofrecidas en obras de pequeño tamaño.

He aquí, por ejemplo, los bronces deliciosos de Pérez Comendador y de Benedito.

Pérez Comendador, que exhibe un *Retrato* sobrio y distinguido y una *Cabeza de mujer* en barro cocido y policromado—no muy laudable ciertamente—, presenta además un boceto de desnudo femenino y dos figuritas de aves, sencillamente encantadoras.

El *Boceto* es, además, una de las mejores obras de la sección. Bastará para acreditar al notabilísimo escultor sevillano de maestría en el oficio y de buen gusto estético.

Graciosamente resuelta, también, la *Cabra de Gredos* que presenta Luis Benedito, como ejemplo de que para el verdadero artista no hay tema trivial ni dimensiones desdeñables.

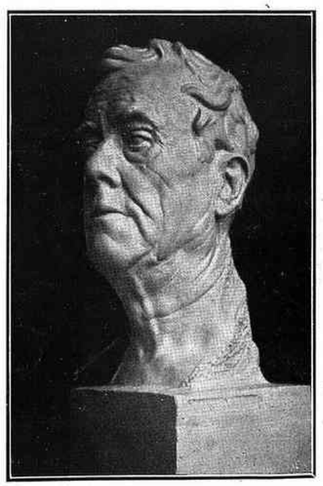
"Retrato", busto en piedra de F. Pérez Mateos

Carmelo Vicent es otro de los escultores que compensan la visita al *Salón de Otoño*. Expone tres obras en materia definitiva: *Sensitiva* (mármol), *La nodriza* (madera) y *El majo* (mascarilla en bronce).

Cada una de ellas tiene su condición factural y su valor íntimo psicológico. Las tres una plena excelencia de resultado.

A Carmelo Vicent no se le conoce—y conocerle significa admirarle—lo suficiente. Se trata de un artista honesto y alejado de los feriales de medallas. No evita la lucha directa y franca con la materia. Trabaja directamente sus tallas y esculpe sus mármoles con brío, sentimiento y justeza. Entre la ternura delicadísima y el espiritualismo de *Sensitiva* y la serenidad gallarda matronil de *La nodriza*, la pícara máscara del *Majo* destaca su carácter viril y envilecido de vicio de pueblo, de maldad de pueblo, de fatal plebeyez.

"Limosneira", escultura en madera de Santiago Bonome



Bronce de Antonio Navarro, joven escultor de diez y siete años

Santiago Bonome abandona las gayas policromías, pero persiste en la técnica expresiva y el saber localista de sus figuras gallegas. Cierto que también tiene el retrato del arquitecto Palacios como acertada demostración de que puede llevar á distinto género su personalidad factural sin daño para el resultado.

Pero seguimos prefiriendo estos grupos de gentes humildes, estas formas humanas animadas de extraordinaria vitalidad con certeros cortes de gubia.

Bonome es el costumbrista plástico de su tierra y de sus conterráneos sin haberse dejado pulir por el contacto de otras sugestiones y revelaciones posteriores. Tiene una bravura y una pureza indómitas que le consienten el pristino candor y la espontánea gracia de los comienzos perdurables en la cada día más segura firmeza de los cortes.

Siendo interesantes todas las obras que en el *Salón* exhibe, yo prefiero los dos grupos *Limosneira* y *Mamineiro*, variantes—plenas de elocuencia rústica, de atractivo realista—de la idea inicial y de la forma armoniosa ó violenta del grupo *Lembranza* y de un detalle del grupo *Entierro* que conserva el Centro de Galicia.

En la Sala de los *Cultivadores de las Artes*—el simpático conjunto de artistas catalanes que hemos de comentar otro día—figuran cuatro obras de Lorenzo Cairó. De ellas, tal vez las más influenciadas sean las que mejor prometen un futuro escultor admirable.

Expliquemos este contrasentido. El Sr. Cairó exhibe dos retratos bien construídos, en los que se adivina la condición primordial de la semejanza fisonómica; pero un poco fríos de factura, cohibidos por el lógico deseo de evitar reminiscencias y de lograr el parecido, acaso doblegados á los consejos inmediatos de los sendos modelos, artistas ambos.

Pero en las otras dos obras, el desnudo *Despertar* y la pequeña *Danzarina* en bronce, el artista se entregó al placer creador sin desatender las asimilaciones intuitivas de sus predilectos. Así, mientras *Despertar* recuerda el sentimiento y la euritmia arcaizantes de un Bernard, de un Casanova, la *Danzarina* evoca la visión, graciosa y fuerte al mismo tiempo, de un José Clará.

Y—esto aumenta el valor y el encanto de las dos obras—una indudable calidad de visión directa, de libertad de acción que no se preocupa de ser personal á toda costa, sino que se deja llevar de los impulsos todavía lógicamente influenciados.

Juan Cristóbal y Jesús Perdigón hacen noble acto de presencia con *Un ángel* y *Estudio de torso*, respectivamente.

José Chicharro Gamo no escamotea sus avances seguros y tenaces. Le vamos siguiendo en ese afán de perfección; le adivinamos insatisfecho de sí mismo en cada cotejo de una obra con la anterior. Y además no tiene prisa de las victorias resonantes ni, mucho menos, codicia de los éxitos transitorios. De este modo su producción se va nutriendo del esfuerzo cotidiano de la propia enseñanza descubierta por la persistencia de una labor bien encauzada.

Testimonios son, en el caso concreto de esta Exposición, la figura *Poesía*, detalle del grupo escultórico premiado en el Concurso Nacional de 1924-25, y el retrato de *Augusto D'Halmar*, que es una de las mejores «anticipaciones» del valor actual.

Pero sobre todo el busto *Ella*, con una vaga reminiscencia formal de *La dama de Elche*, sobriamente resuelto, de una tranquila serenidad, de una casta feminidad muy de mujer española. (Porque la mujer española, con perdón de los «exportadores» conscientes ó inconscientes, no es siempre contorsión sensual y reto de fornicio.)

Dignas de mención las cabezas—en las que se adivina el prurito de expresar dificultades materiales tallando la piedra directamente—firmadas por Francisco Pérez Mateos, los bustos en mármol y el altorrelive *Caridad*, de Miguel de la Cruz, también noblemente obstinado en el depurado logro de sus deseos y de las facultades, y la cabeza *Juez de Roncal*, de Fructuoso Orduna.

Finalmente conviene hacer constar la despertada afición de los escultores por la talla en madera.

Es un síntoma alentador... y peligroso. Se cae fácilmente, cuando no se tienen cualidades artísticas excepcionales, en una producción subalterna, en una competencia estéril con ebanistas ó imagineros al por mayor, de pretensiones infundadas.

José FRANCES

(c) Ministerio de Cultura 2006